

**FRANCISCO DE QUEVEDO, Sátiras lingüísticas y literarias (en prosa). Edición de Celsa C. García Valdés. Colección Temas de España. Taurus. Madrid, 1986.**

Celsa C. García Valdés, buena conocedora de la literatura barroca, como había ya acreditado en sus trabajos sobre el teatro de la época, ha reunido en esta edición seis escritos satíricos de Quevedo, que tienen en común su preocupación lingüística y literaria y su carácter de textos en prosa, con el añadido de alguna mínima coda en verso (como la famosa "Aguja de navegar cultos", epílogo del Libro de todas las cosas).

A lo cuidado de la edición se suma un voluminoso capítulo de notas, la mayoría orientadas por la misma preocupación lingüística que informa los textos; una relación de ediciones anteriores y bibliografía, así como una documentación detallada que recoge las fuentes, las fechas y circunstancias y un amplio resumen de las opiniones críticas sobre la sátira quevedesca.

Según las poéticas del Siglo de Oro, la sátira debía proponer al tiempo la corrección de los vicios y el entretenimiento, esta doble vertiente ha dividido a los críticos que ponen de relieve, según los casos, el predominio de uno u otro extremo en Quevedo. Después de reseñar este debate, la profesora García Valdés entiende que las sátiras de Quevedo, inscritas en el cultivo de un fondo general de temas populares o fijados literariamente, podrían clasificarse de acuerdo con criterios de lenguaje que coinciden con otros cronológicos.

En las sátiras más juveniles dominan el juego ingenioso con las palabras y la brevedad esquemática. Más tardíamente destacan la descripción grotesca, las metáforas conceptistas y el poder expresivo del léxico. Sin embargo, esta distinción de épocas es también difícil y hay rasgos comunes a ambas, que serían los más característicos del autor; así, el uso de la hipérbole y la concentración textual.

Pese a ser los seis textos aquí reunidos obras de circunstancias y separados por tiempos y motivaciones dispares, hay criterios que favorecen su estudio en conjunto.

En primer lugar, por supuesto, la temática que da título a esta edición. En el Libro de todas las cosas hace Quevedo una síntesis de todos los contenidos que satiriza en los diversos textos y muestra con claridad el motivo central: el enorme poder de engaño que tiene la lengua, para lo cual el equívoco y el chiste le sirven como mejor instrumento.

La crítica de Quevedo se dirige en dos vertientes aparentemente opuestas: contra lo más culto, el gongorismo; contra lo más popular, los vulgarismos y los refranes. Las frases hechas y las figuras literarias excesivas, las muletillas y los neologismos, las incorrecciones y los tópicos post-petrarquistas tienen en común, para él, una falla única: suponen la estereotipación del lenguaje, la repetición mecánica de términos y fórmulas lingüísticos; la palabra en

ambos casos está muerta. Quizá para Quevedo en el fondo no hay sólo un atentado estético contra la voluntad de estilo, sino que ve en el vicio lingüístico el reflejo de un vicio nacional: la inercia.

La técnica habitual es muy sencilla, consiste en una enumeración caótica que presenta los usos criticados en forma paródica. Pero, más allá, la parodia es el modo articulador de los textos en su conjunto; así estos se acogen a un modelo que es conocido por el lector de la época, aprovechándolo como cobijo y, al tiempo, subvirtiéndolo. Por ejemplo, las "Premáticas", en las que se imita y ridiculiza el estilo de las ordenanzas administrativas. O también las misceláneas, colecciones varias de voluntad enciclopédica que, entre otros, usaron los erasmistas como vehículo de divulgación cultural y que Quevedo detesta; en sus manos, este modelo se convierte en una sucesión de chistes y sarcasmos que anticipan jugosas vetas del humor actual: el ingenio lingüístico o la crítica indiscriminada, fustigadora tanto de la superstición como de la medicina o de las lenguas extranjeras. Las misceláneas de Quevedo constituyen verdaderos diccionarios invertidos: "disparatio como distincionario", dice él.

Y, curiosamente, gracias a su sátira muchos de los usos condenados accedieron al Diccionario de Autoridades, que cita a Quevedo como fuente. También, en este capítulo de paradojas, el Para todos de Pérez de Montalbán se convirtió en un éxito de ventas, merced a la terrible diatriba que la Perinola de Quevedo contiene contra él, pese a que ésta sólo llegó a circular en copias manuscritas.

Junto al balance sobrio, aporta la profesora García Valdés criterios que supondrían la apertura de otros caminos de investigación. Citemos dos ejemplos: la propuesta de doble lectura del Cuento de cuentos, firmemente apoyada en las notas sobre el uso continuo de significados dobles que llevarían a sobreentender una fábula obscena; la crítica que hace Quevedo al título del Para todos -"Libro que es para todos guárdale, que el autor, sea quien fuere, confiesa que es obra vulgar y bazofia"- que, como todo en las sátiras, debería contribuir a situar mejor la obra de Quevedo en la historia de la literatura española y a demoler tópicos sobre la dialéctica mayoría/minoría entre los poetas del siglo XVII.

MIGUEL CASADO